

X

El marqués.

Era de cuerpo pequeño, rostro fino y afeinado, al cual daba por cálculo, trocado al fin en costumbre, una gravedad pegadiza, semejante á un cosmético que empleara diariamente metiendo el dedo en los botes de su tocador de viejo florido. Ojos, nariz y boca eran en él, como los de su hija, de una correccion admirable; mas lo que en ella cautivaba, en él hacia reir, y lo serio se mudaba en cómico, porque nada es tan horriblemente bufon como la fisonomía de una mujer hermosa colgada como de espetera en las facciones de un viejo mezquino.

Su vestir correctísimo y elegante, sus ademanes desembarazados, su cortesía refinada y desabrida, que encubria una falta absoluta de benevolencia, de caridad, de ingenio, adorna-

ban su persona, brillando como la encuadernacion lujosa de un libro sin ideas. No era un hombre perverso; no era capaz de maldad declarada, ni de bien; era un compuesto insípido de debilidad y disipacion, corrompido más por contacto que por malicia propia; uno de tantos; un individuo que dificilmente podria diferenciarse de otro de su misma gerarquía, porque la falta de caracteres, salvas notabilísimas excepciones, ha hecho de ciertas clases altas, como de las bajas, una colectividad que no podrá calificarse bien hasta que los progresos del neologismo no permitan decir *las masas aristocráticas*.

Y aquel sér vacío y sin luz tenia palabras abundantes, no exentas de expresion, y maneja á maravilla todos los lugares comunes de la prensa y de la tribuna; sin añadirles nada, pero tampoco sin quitarles nada. Era, pues, un propagandista diligente de ese tesoro de frases hechas, que para muchas personas es compendio y cifra de la sabiduría. Era de los que constantemente desean que haya *mucha administracion y poca política*; estaba convencido de que *este país es ingobernable*; deseaba que se conservasen las *venerandas creencias de nuestros antepasados*, para que volviéramos á ser asombro de *propios y extraños*; creia firmemente que *aquí*

no puede haber nada bueno; que este es un país perdido, á pesar de la fertilidad del suelo; y al mismo tiempo sostenia con rutinaria devocion los dogmas inquebrantables de la *hidalgúia castellana*, de la *religiosidad nunca desmentida del pueblo español*, de la *tendencia materialista del siglo*, etc. Tenia ademas *grandísimo horror á las utopias*, y para él todo lo que no comprendia perfectamente era una utopia. Á la pandereta de su verbosidad no le faltaba como se ve, ninguna sonaja.

—¡Siempre aquí; siempre en este bendito despacho, que parece la celda de un prior por sus buenas luces y su tamaño, y la habitacion de un príncipe por las obras de arte que contiene!... siempre aquí, querido Leon. No se te ve en ninguna parte. ¿Y María? Anóche estuvo en casa; no faltaron las lágrimas de siempre. Va á que su mamá la consuele, y Milagros y ella cuchichean... Yo creo que entre las dos te ponen como ropa de Pascuas. Allí no se piensa más que en los abonos de los teatros y en los Trídúos de San Prudencio. Despues de misa se reunen todas á hablar de modas... ¿Estás enfermo? Te encuentro pálido, ¿qué tienes?

—¿Yo?—dijo Leon, mirando á su suegro como quien despierta de un sueño y se en-

cuentra delante de un desconocido...—¿Decia usted?...

—Que si estás malo. Tienes muy mala cara. Anoche se habló de tí en casa de Fúcar... Por cierto que nunca he visto al marqués de tan mal humor. Desde que Pepa se casó con Cimarra, el pobre D. Pedro no hace más que tragar hiel... ¡Pobre Pepa! Se cuentan de Federico horribles bribonadas... ¡Y qué niña tan bonita tiene Pepa! ¿La has visto? ¿No vas por allá?... Tienes buenos cigarros, á fé mia...

El humo de los dos habanos se juntaba subiendo al techo. Por un instante reinó profundo silencio en la hermosa pieza. Oíase tan sólo el efervescente rumor del chorro de la manga de riego con que el jardinero refrescaba los macizos del jardin. En habitaciones lejanas cantaban algunos pájaros aprisionados, cuyo charlar parecia una disputa de todas las notas musicales, discutiendo sobre el mejor modo de formar una sinfonía en un cerebro wagneriano. En el despacho un gran atlas geológico, abierto sobre ancho atril casi tan grande como un facistol, mostraba en franjas de colores las edades del mundo. En la mesa veíanse flores abiertas en canal, mostrando sus ovarios misteriosos; insectos rotos en estado de autopsia; ejemplares conchylo-

lógicos aserrados por la mitad, revelando el secreto de sus graciosas bóvedas esmaltadas de rosa y nácar; láminas representando huevos en distintos grados de incubacion; modelo del ojo humano en carton y del tamaño de un coco; y en medio de tales baratijas resplandecía el lente de un microscopio, reflejando un rayo de sol y enviándolo cual mirada curiosa sobre la cabeza del marqués, que, por lo desnuda de cabello, convidaba al estudio de la craneoscopia.

—¿Te dedicas tambien á la Historia Natural?—dijo éste con expresion de tolerancia.—Esa parece ser la ciencia del dia, la ciencia del materialismo. ¡Bonito servicio estais haciendo al género humano, arrancándole sus venerandas creencias para darle en cambio... ¿qué?... la famosa hipótesis de que somos primos hermanos de los monos del Retiro!

Rióse con pueril carcajada de su propia ocurrencia y despues echó una ojeada sobre los estantes de libros.

—¿Sabes,—dijo súbitamente,—que soy ponente de la Comision que ha de dar informe sobre la *Ley de vagos*?

—Darán ustedes un informe brillante.

—¡Oh! es cuestion delicada,—añadió el marqués echándose atrás en la remadera, de modo que se quedó mirando al cielo y con

los piés en el aire;—es la cuestion madre. Yo le he dicho varias veces al presidente del Consejo: “Mientras no tengamos una buena *Ley de vagos*, no hay que pensar en una buena política.” Hay que ir al fondo de la cosa, á las causas fundamentales, ¿no te parece? La multitud de holgazanes y gentes de mal vivir, cesantes hambrientos y pillastres que aguardan las revueltas públicas para hacer su agosto, es causa del malestar en que vivimos. Bárreme toda esa inmundicia y te respondo del orden social.

—Muy bien pensado,—dijo Leon.—Barrer, barrer es lo que importa.

—Ahí lo malo es que no puedo dedicar á la Comision todo el tiempo que deseara. Estoy muy ocupado. Y á propósito, querido Leon, tengo que hablarte de un negocio.

Habia llegado al punto que era objeto de su visita; pero abordándolo con grandísimo interés, que hacia palpitar su corazon, lo disimulaba expertamente. No podian faltar á aquel hombre enteco emociones íntimas y donosura cortesana para velarlas.

—Ya sabes que soy consejero de administracion del *Banco de Agricultores*. Es una empresa grande, patriótica. Hemos de *levantar el crédito territorial del abismo en que yace*.

Estas y otras frases de suelto financiero andaban por la boca del marqués de Tellería como Pedro por su casa. Dijo despues varias cosas jamás oidas: á saber: que España es *esencialmente agrícola*; que la riqueza agrícola no puede desarrollarse por falta de capitales; que los capitales existen... ¿pues no han de existir?... pero que es preciso reunirlos, encauzarlos, distribuirlos convenientemente para que fertilicen... para que beneficien... para que fecunden... El marqués no pudo acabar la frase que, por ser de su invencion y no del repertorio; se le atascó. El *Banco de Agricultores* estaba intimamente ligado á la gran compañía inglesa *Spanish Phosphate limited*, destinada á hacer una transformacion en nuestro país... Era una idea estupenda. ¡Capitales, abonos! Hé aquí los dos *polos del eje sobre que ha de girar la regeneracion agrícola del país*. (Esta tambien era frase de prospecto). El marqués concluyó la arenga diciendo con aparente indiferencia:

—¿Qué te parece? ¿Colocarás parte de tus capitales en nuestras acciones?

—Necesito mi capital para vivir,—dijo Leon con fingida inocencia.

—¡Hombre...!

Leon le dijo algo tan crudo sobre ciertas sociedades, que el marqués perdió de súbito

aquel colorete enfermizo que teñía sus mejillas y parte de su nariz; un no sé qué purpúreo como zumo de moras, que eclipsándose ó apareciendo en su cara, expresaba los distintos afectos de su alma. Despues de una pausa, durante la cual empeñóse en dar á las guías de su bigote blanquinegro el aspecto terrorífico de las astas de un toro, se levantó y se puso á observar los objetos de Historia Natural.

—Bien; no hay más que hablar de este asunto, murmuró.

Siguió observando, revolviendo, tocando todo, cogiendo algunos objetos para acercarlos á sus ojos, y adaptando despues uno de éstos al ocular del microscopio, para decir con el singular orgullo de sí misma que tiene á veces la ignorancia.

—Pues yo no veo nada... Yo no sirvo para esto... Gracias... que te aproveche tu microscopio. Dime, ¿y con esto ven ustedes el alma?... ¡Ya! como no la ven, sostienen que no existe.

Y ántes que su yerno le diese contestacion; fuése á él, parósele delante, le miró un buen rato, y moviendo la cabeza, le dijo:

—Estoy pensando que á mi pobre hija no le falta razon para quejarse... No es esto decir que no seas un bendito, Leon; pero vamos

á cuentas. Ella tiene sus creencias, tú tienes las tuyas; mejor dicho, no tienes ninguna. Tu falta de religiosidad y tu desden por las *venerandas creencias del pueblo español* la ofenden, la lastiman, la afligen sobremanera. Querido,—añadió poniéndole la mano en la frente con apariencias de cariño,—recuerda que el pueblo español es eminentemente religioso. Pues qué, Leon, ¿estamos aquí en Alemania, país de las locas *utopias*?

Leon dijo algo.

—No, no, no basta que la dejes en libertad,—replicóle Tellería con viveza.—Es preciso que tú hagas algo. Tienes una fama de ateo que espanta. Yo te soy franco; más querría perder mi posición y mi nombre en el mundo, que tener esa fama de ateísmo que tú mismo te has ganado. Comprendo las angustias de María; ella es religiosa, parece que nacidos de un mismo vientre ella y su hermano, nacieron para ser santos... ¡Y concluirá por tenerte horror, y te aborrecerá y no querrá vivir contigo...! Y si así sucede, tuya será la culpa por haberte significado demasiado en tus obras. Hombre, el que más y el que menos todos tenemos nuestra levadurilla de heregía... es decir, yo no tengo nada, yo soy ortodoxo hasta la médula; á mí no me vengan con filosofías... Lo que hay es que

todos, áun siendo creyentes, cumplimos mal, nos descuidamos; pero somos prudentes, tenemos tacto, guardamos las apariencias... consideramos que vivimos en un pueblo *eminentemente religioso*... recordamos que las clases populares necesitan de nuestro ejemplo para no extraviarse. Aquí no estamos en Alemania. ¡Oh! te juro que aborrezco las *utopias*. El pueblo español tendrá muchos defectos; pero jamás ultrajará lo que ha sido causa de su gloria y del respeto que infundió á *proprios y extraños*. Por encima de nuestras miserias descollará siempre la *hidalguía castellana*, para...

El noble señor no pudo concluir su frase porque Leon le interrumpió hablándole con viveza y energía. Oyóse durante largo rato la voz de uno y otro, y allá en la pieza lejana donde cantaban los pájaros, María y su hermano Leopoldo suspendieron su conversacion para prestar oído al rumor parlamentario que del despacho venia.

—Estos malditos pájaros no dejan oír una palabra,—dijo el mancebo.—¿Oyes, María? Papá y tu *señor* disputan... ¡Qué ganas de perder el tiempo!

María puso atención despues de decir á los pájaros con acento de enojo:—Callad, tontos.

Poco despues un brusco movimiento de

la cortina dió paso á los bigotes corniformes del marqués, á su cara en la cual la gravedad se hermanaba con el humorismo, como si en ella quisiera poner Naturaleza un símbolo vivo del eterno y capital dualismo del arte.

—Ya lo sabes,—dijo agrídulcemente, entre serio y festivo.—Yo soy un hipócrita, un vividor... Tu caro esposo me lo ha dicho con buenas palabras... Un vividor, un hipócrita... sí, eso ha querido decir...

Y dió un beso á su hija.

—Positivamente,—añadió,—la cabeza de Leon está un tanto perturbada... ¡Lástima grande, porque es un guapo chico!... Estos malditos pájaros no dejan hablar.

—Callad, tontos.

¡Con cuánto ardor toman ellos parte en las disputas de los hombres! Entre los conceptos de la conversacion acalorada ó apacible, arrojan sus notas para ahogar las disputas humanas en una lluvia de alegría.

Mucho se habló despues; pero los pájaros no lo dejaban oír. El lector tendrá paciencia para esperar á que callen los pájaros.

XI

Leopoldo.

Una mañana trabajaba Leon Roch en su despacho, cuando fué bruscamente interrumpido; alzó del papel los ojos, y fijándolos en el gran espejo que delante de él estaba sobre la chimenea, vió una figura enjuta y macilenta, una mueca de calavera en la cual la descomposicion subterránea perdonara un poco de piel; dos ojos saltones con cierta viveza morbosa como la de los delirantes, un cuello delgado y violáceo cuya piel llena de costurones parecia recientemente remendada, una nariz picuda y violácea tambien, de fina estampa, pero que por su agudeza iba tomando aspecto de pico y daba al rostro cierta fisonomía completamente ornitológica; una rala sembradura de pelos azafranados que rodeaban el largo óvalo de la cara, en delgada faja seme- jando el pañuelo que se pone á algunos muertos para que no se les caiga la mandíbula

inferior; una frente estrecha y granulosa en la cual había trazado el sombrero amoratada raya, semejante á un surco de sangre; una cabeza chata, en la cual los cabellos bermejos se partían en dos graciosas alas; una cara, en fin, que era, si así es permitido decirlo, la descomposición ó la transfiguración de una cara hermosa, ó mejor dicho, la caricatura de una raza entera; y también vió unas manos metidas en los bolsillos, y unos piés de mujer cuyas puntas apenas asomaban bajo las enaguas que en forma de pantalones cubrían sus delgadas piernas; un cuerpo sin curvas, sin formas, sin donaire, como armadura hecha para la ropa; un traje de mañana rayado de arriba abajo, una corbata graciosamente anudada, un bastón que salía vertical de uno de los bolsillos, y una pomposa flor clavada sobre el pecho como el mango de un puñal cuando se acaba de consumir el asesinado. Y cuando esto vió, Leon dijo bondadosamente:

—¡Ah! Polito, siéntate... ¿qué traes por aquí?

El jóven se dejó caer en la butaca y estiró las piernas con muestras de cansancio. Habló. Su voz, que se esperaba fuese aguda y adamada, era ronca y carraspeante, una al modo de tos ó gargarismo hablado, como esas vo-

ces que en la más baja escala social se forman en el pregon público y se endurecen con el frío de la mañana y el aguardiente de la noche. Después de hablar un momento, calló para echarse en la boca un objeto medicinal.

—No puedo abandonar la brea ni un instante...—dijo gruñendo.—Desde que la abandono me ahogo... ¿Qué te haces, Leon? Siempre leyendo. Envidio tu vida tranquila... No, gracias, hoy no puedo fumar. Me lo ha prohibido el médico... es preciso ver si combato los ataques epilépticos... Ahora me encuentro bien. ¿Sabes que voy á Sevilla? Los muchachos se han animado, y no me puedo quedar aquí. Vamos cuatro amigos: Manolo Grandezas, el conde-duque, Higadillos y yo. Higadillos tiene que torear los tres días de feria... ¿Por qué no te animas? Á María le gustará mucho ver la feria.

—Si ella quiere ir, estoy dispuesto á llevarla.

—Ella no quiere ir, ese es el caso,—añadió el de la ronca voz.—Y á propósito, *mio caro Leone*, por ahí dice la gente que sois muy desgraciados, que no congeniais ni poco ni mucho, que tu descreimiento es un martirio para mi pobre hermana. Yo me río, Leon, me río de estas cosas... “Pero si es el hombre mejor del mundo, si es un caballero como hay

pocos,, les digo yo... Aquí de mis elogios. ¡Cascarones! ya sabes que yo no digo sino lo que pienso... Anoche dijeron las de Rosafria que no comprendian ¡mira tú que sandez!... que no comprendian cómo mi hermana se casó contigo. "Pero, señores, sean ustedes razonables, consideren ustedes...," Nada, nada... que eres de los de cáscara amarga; pero muy amarga. Á una señora que tú conoces y yo y todos... no te digo quién es... le oí decir estas mismas palabras: "Ántes quisiera ver muerta á mi hija que casada con un hombre así..." No faltó quien te defendiera áun en el bello sexo... "¡Ah! es hombre de grandísimo mérito..." La señora decia que no con su boca, con su mano, con su abanico... "Hay cosas que no pueden ser, decia, que no pueden ser..." Por último, querido Leon, yo no me atrevia á defenderte... Lo que te aconsejo ¡cascarones! es que no vayas á casa de ciertas personas; te expondrías quizás á recibir un gran desaire por todo lo alto ó á que te planten un par de *palitos cuarteando*. La de Borellano te llama la *bestia negra*... Sin embargo, dice que eres simpático. Pepe Fontan dijo una cosa muy chusca á propósito de la inquina que te tiene la de Borellano. "Nada, todo eso es despecho, porque de todos los hombres que conoce, Leon es el único que no le hace el

amor., Ya sabes que ha tenido un amante por año... Por eso dice Cimarra que no puede ocultar su edad... ¡Pobre Federico! Dicen que que ha reñido con su mujer y su suegro... Parece que falsificó unas letras... Nada, que me le mandan á la Habana... Pero ¿qué hora es? ¡Las once! ¡Y tu mujer no viene de misa! Te concedo que son demasiadas misas. ¡Ah! ya sé: ella y mamá estarán de tertulia con el padre Paoletti, un italiano *berrendo en negro, retinto*... ¡Casca...! Si yo fuera casado... pero no; yo no seré cornúpeto, *passez moi le mot*... ¡Oh! si lo fuera, mi mujer haria mi gusto y nada más. María es buena; pero cuando se le pone una cosa en la cabeza... No creas, yo tambien le he dicho mis verdades por su impertinencia... Compañero, es horrible eso de tener una mujer que constantemente nos esté cantando el estribillo: hombre, confiesa; hombre, comulga; hombre, vé á misa... ¡Cascarones! Es para darse un tiro... Puesto que le das libertad, ella debiera ser prudente. Por tu parte haces mal en tomar tan á pechos lo que vale tan poco. Mira tú; yo dejaria á mi mujer que oyese cuatrocientas veintisiete misas al dia, y que tomara varas con todos los confesores. Poniéndole tasa en eso de gastarme mi dinero en Manifiestos, le llevaria el genio. ¡Bah! siempre que ella me hablara de cosas santas,

yo le diria: "Sí, hija mia, todo lo que quieras. Esto y lo otro y lo de más allá." En fin, que no refiríamos nunca por un dogma más ó ménos; y al mismo tiempo, querido Leon, yo me divertiria todo lo posible. *Comparito*, eso de irse al infierno sin pasar ántes buena vida, es lo más tonto del mundo. Aburrirse aquí entre libros, y luégo condenarse allá... porque tú te condenas y yo tambien, Leon... allá iremos todos.

Y soltó una risa tan estrepitosa como su aliento asmático se lo permitia. Despues se levantó, y poniendo ambas manos sobre la mesa cual si su cuerpo no pudiese mantenerse derecho sin ayuda de puntales, habló así:

—¿Sabes, querido, que me vas á prestar otros cuatro mil reales?

Leon abrió una gabeta. Sonreia no sabemos por qué; pero nos consta que de todos los individuos de su familia política, aquél era, por lo inofensivo, el que le inspiraba más lástima, siendo esto tal vez la causa de que á veces le abriese su bolsa con paciencia y hasta con gusto, por no contrariar á un sér excesivamente miserable y desvalido. Ó quizás Leon plagiaba el sistema benéfico del vicario de Wakefield, quien siempre que queria sacudirse á algun pariente importuno, le prestaba dinero, ropa ó un caballo de poco valor,

"y jamás, dice, se dió el caso de que volviera á mi casa para devolvérmelo."

—Gracias, querido *beau frère*,—dijo el mancebo no ocultando la alegría que en la raza humana acompaña siempre á la adquisicion de dinero.—Te lo devolveré el mes que entra con lo demas... No de una vez, te advierto que no podré dártelo junto... á plazos sí... ¡Es horrible! Si hubiera tres Semanas Santas en el año todos los españoles tendríamos que pedir limosna... ¡Casca, casca...! ¡Vaya con los petitorios! La otra noche las de Rosafria me comprometieron á dar mil reales para el Papa... Ya ves... Si el mundo estuviera arreglado, el Papa debia darnos á nosotros... ¡Eh! ¡So tunanta! ¡*Lady Bull!*... ¡Eh, venga, usted aquí!

Estas palabras iban dirigidas á una alimaña rastrera y oscura que habia entrado en el despacho con el jóven, pero que hasta entónces se habia mantenido en una actitud de circunspeccion respetuosa. Era una perrita de la horrible raza *King Charles*, que tenia el color de raton, la redondez del puerco espin, un hocico de mono entre abigarradas lanas y una panza de sapo mal sostenida por cuatro patas pequeñas. Al fin de la conversacion, su cascabelillo, hasta entónces mudo, empezó á sonar indicando graves travesuras,

y Polito la descubrió entre unos libros ar-
rinconados en el suelo.

—¡Venga usted aquí, aquí pronto!

La tomó en brazos. Entonces se sintió
ruido de coches y el acompasado pisoteo de
uno de estos caballos españoles que parecen
corceles de estatua ecuestre, trotando eter-
namente sin salir de su pedestal.

—¡Ah! Ya están aquí,—dijo Leopoldo acer-
cándose á la ventana.—Higadillos á caballo
y el conde-duque en su *break*... Les dije que
pasaran por aquí á recogerme. Vamos á ver
el apartado... Allá voy, allá voy.

Desde su asiento vió Leon el coche dete-
nido junto á la reja y el torero á caballo, un
grosero moceton de piernas ceñidas y cintu-
ra fajada, de cuerpo culebreante no falto de
belleza escultórica, rematado por zafia cabe-
za española de color de tabaco y el sombrero
ancho. El caballo piafaba y el conde-duque
contenia los de su *break*, fogosos animales
mestizos de sangre bearnesa y andaluza.

Poco tardó Polito en subir al coche con
Lady Bull, y la alegre comparsa se puso en
marcha calle abajo, presidida por Higadillos
y alegrada por los cascabeles del tiro á la ca-
lesera. Leon miró con curiosidad aquel frag-
mento pequeño pero expresivo de la icono-
grafía contemporánea de España.

XII

Gustavo.

Le miró, y una sonrisa afable, señal ine-
quívoca de complacencia por la visita, ilu-
minó su semblante triste. Después las mi-
radas de uno y otro (pues se hallaban
próximos á la ventana) se recrearon en la
frescura aromática del jardín, sobre cuyo
verdor pasaba el chorro de la manga de rie-
go como un plumero de agua que limpia el
polvo, ahuyentando los pájaros, deteniendo
á las mariposillas, ahogando á los insectos,
acariciando á las plantas. Hábilmente dirigi-
da por el jardinero penetraba en la espesura
de los setos de evónimus, y chocando en el
follaje de los árboles, se desmenuzaba para
formar polvaredas líquidas en las cuales ju-
gaban fugaces arco-iris. El jardín era nuevo,
de esos que se traen de casa del horticultor